

Traverso, Enzo, *A Sangre y Fuego: De la Guerra Civil europea, 1914-1945*. Prometeos Libros, Buenos Aires, 2009, 296pp

Per Antonio Marco Greco (Universitat Autònoma de Barcelona)

La Guerra civil europea ha sido una expresión de éxito, dotada de fuerza evocadora, capaz de sincronizar sintéticamente la violencia de la insólita aglomeración de conflictos que conviven en Europa durante la primera mitad del siglo XX. En *A sangre y fuego*¹, el historiador Enzo Traverso, que vive en Francia y trabaja en la Universidad de Picardia, quiere explorar la *era de los extremos* recolocando y reconceptualizando esta borrosa idea surgida de la pluma del pintor alemán Franz Marc, en una carta del frente, poco antes de morir en Verdun.

Hasta la fecha la idea de guerra civil europea se asocia al historiador Ernst Nolte, el iniciador de la *Historikerstreit* (querella de los historiadores), que de ella hizo el título de una de sus obras más conocidas². Mas que el estudio morfológico de los acontecimientos, el estudio presente intenta exponer la sintaxis de una larga guerra civil europea, divisa líneas interpretativas interesantes y no se limita a observar la lucha entre titanes prefigurada en el plano filosófico por Nietzsche y Marx.

El trabajo de Traverso parece asimilar bien el estructuralismo de Braudel y la guerra civil europea es un óptimo ejemplo de ciclo intermedio situado entre la historia subyacente de larga duración y la superficie de los acontecimientos del tiempo corto, el tiempo de nuestras vidas y de los hombres importantes que dirigen el juego o creen dirigirlo³. Este giro histórico, que ha transformado de arriba abajo el *cuerpo vivo* del Antiguo Régimen, no se ha improvisado de la noche a la mañana, los prólogos se acumularon en el tiempo largo del siglo anterior.

Los temas suscitados por Traverso son numerosos⁴. Con la guerra civil europea surge la añoranza de un pasado heroico regido por valores que han perdido vigencia, el recelo ante un futuro dominado por un automatismo ubicuo capaz de invadir todos los aspectos de la existencia humana. La guerra civil europea es un *descenso al Maelstrom*,

282

¹ *A sangre y fuego* (1884), junto con *El diluvio*(1886) y *Un héroe polaco*(1888), constituyen la trilogía polaca de Henryk Sienkiewicz (1846-1916) hoy en día recordado sobre todo como el autor de *Quo Vadis?*(1896), novela llevada al cine en repetidas ocasiones. Desde el punto de vista de la crítica literaria polaca, se suele considerar la trilogía de Sienkiewicz la epopeya nacional polaca. Pero desde la perspectiva de un lector occidental quizás podría hablarse de una epopeya de la Europa del Este en transición hacia la época moderna, una intriga compleja llena de duelos a muerte y de actos de sacrificio. Para los aficionados a la historia, una gran cantidad de datos sobre uno de los momentos decisivos del proceso de configuración política de los principales actores de esa zona, como Rusia, Polonia, Ucrania.

² Véase NOLTE, Ernst, *La Guerre civile européenne 1917-1945. National-socialisme et bolchevisme*, Paris, Syrtes, 2000. El subtítulo del libro aclara su interpretación del nacionalsocialismo que viene visto como una reacción exagerada con respecto del barbarismo asiático de los bolcheviques, portadores de la trascendencia moderna y del genocidio de clase.

³ BRAUDEL, Fernand, *Écrits sur l' histoire*, Paris, Flammarion, 1969.

⁴ Este libro de Traverso es una ampliación madura de algunas tesis ya planteadas en otro libro: TRAVERSO, Enzo, *La violence nazi. Une généalogie européenne*, Paris, La Fabrique-Editions, 2006.

la conjunción de una corriente ancestral caliente y de una moderna fría. La fuerza será el verdadero héroe, el verdadero tema de esa Ilíada europea. Fuerza practicada por hombres, fuerza que somete hombres, fuerza delante de la cual la carne humana se contrae, fuerza que irrumpre y que deja una marca antropológica en el espíritu del sujeto histórico mas dinámico de la guerra civil europea: la joven generación del frente, bautizada la *generación del fuego*.

Acertada es la analogía entre el rebelde de la guerra civil europea y el indígena insurrecto de la guerra colonial. El autor utiliza como punto de partida el corolario implícito contenido en el *jus publicum europeum*, es decir la visión del mundo no europeo como un espacio no perteneciente a nadie-*hic sunt leones* se escribía en los mapas de la época-donde los ejércitos no se enfrentaban a otros ejércitos regulares con los cuales compartir el respecto de códigos y ritos (*jus in bellum*), sino a hordas de salvajes sin estatus definido⁵.

El manejo de la guerra se convierte de entrada en una violencia que no circunscribe la acción de los beligerantes al debilitamiento de las fuerzas militares enemigas. Los cargos van más allá de la violación de la neutralidad de Bélgica. Los bombardeos, resultado de una tentación higiénica y catastral, no apuntan al cuerpo del enemigo sino a la destrucción de la condición ecológica del hombre moderno: la ciudad. Ninguna paz justa fue negociada y la única salida será la rendición incondicional del enemigo.

La *fiesta* es la imagen que Traverso utiliza para acercarse a esta efervescencia colectiva y vengativa de las dictaduras y de los partisanos. Leyes santas y actos sacrílegos, jerarquía y lesa majestad, los ingredientes de la *fiesta* están todos presentes. Sin embargo sería falso interpretar esa festiva suspensión del orden como una regresión a un estadio prepolítico de caos, como un *bellum omnium contra omnes* anómico. El choque entre dos beligerantes que no poseen leyes comunes no impide que cada uno de ellos tenga sus propias reglas. El combate no está legitimado, y mucho menos regulado, por la legalidad del derecho legal, sino por la legitimidad del derecho natural o bien por una *ética de la convicción* que hace falta defender hasta el fin, que aplasta a menudo la *ética de la responsabilidad* y conduce a infringir las prohibiciones y a rebasar la medida. El autor nota que cada parte coloca la otra en el *no-derecho*. Se suprime el derecho del adversario en nombre del derecho siguiendo la relación con el derecho. Las tropas irregulares, motivadas por un intenso compromiso político, se considerarán al final tan rituales y santas como las prohibiciones que infringen.

En la obra se subraya la simbiosis entre las pulsiones dionisiacas de estos *guerreros míticos* y la *masacre pasteurizada* del Holocausto. Ese último no se



⁵ El corolario implícito del *jus publicum europeum* era la visión del mundo no europeo como *res nullius*, como un espacio colonizable. El pensamiento europeo del siglo XVII, entre ellos Hugo Grotio, rescata esa visión y reivindica el derecho a ocupar y explotar las tierras que no están puesta en producción. MEIKSINS WOOD, Ellen, *El Imperio del Capital*, Barcelona, El Viejo Topo, 2003, pp.92-93. Traverso también se remite a la obra de Carl Schmitt, que afirma que los conquistadores en las guerras de conquistas no hacían ninguna diferencia entre guerreros y civiles, era suficiente invocar la teoría del derecho natural o la teoría victoriana del comercio libre para enfrentarse a un enemigo legítimo. Este concepto, forjado en Estados Unidos durante la guerra Secesión y procedente a su vez del derecho mercantil, indica una cesión de propiedad del estado vencido hacia el estado vencedor. SCHMITT, Carl, *Le Nomos de la terre dans le droit des gens du jus publicum europeum*, Paris, Presses Universitaires de France, 2001.

configura como un tumor canceroso o una demencia momentánea en el cuerpo de la sociedad civilizada que interrumpe el normal fluir de la historia, o bien como una recaída en el salvajismo. Civilización e instancias emancipadoras por un lado y barbarie e dominación destructiva por el otro no son términos antinómicos, sino potencialidades indisociables de la misma dinámica dialéctica de la historia. El genocidio de los *stateless people* o apátridas se inscribe en el principio mismo de una civilización de naciones incapaz de mantener un compromiso con las obligaciones morales más elementares y que exalta por encima de todo la racionalidad productiva y administrativa, la división del trabajo y la distancia entre ejecutores y víctimas que hace desaparecer el pavor del asesinado y volver al criminal indiferentes.

En el verano de 1914 la fiebre chauvinista había ganado la adhesión de muchos espíritus eruditos pero en general el imaginario europeo se mostró incapaz de prever la envergadura de la catástrofe. Incluso las ciencias sociales, que con los darwinistas y eugenistas festejaban la invención de armas químicas como la posibilidad de seleccionar los más aptos, representan la imagen de esta ceguera. Los presagios de la catástrofe no provienen del optimismo de Comte y de Spencer sino de la literatura y de las artes, son estos los ámbitos donde se percibe primero la fragmentación, la locura y la vergüenza. Novelas como *La guerra de los mundos* de H.G. Wells o *La Bestia Humana* di Emile Zola anticipan un futuro sombrío de decadencia. Ese verano las declaraciones de guerra suscitan en Europa entusiasmo colectivo. Las personalidades que alcanzan escapar a la oleada chauvinista son muy pocas: Bertrand Russel en Londres, Henri Barbuse y Romain Rolland en París, Gramsci en Turín, Karl Kraus en Viena. Los sentimientos de entusiasmo desenfrenado cambian bruscamente entre 1914 y 1918. La masacre tecnológica quita todo idealismo a la muerte. Un cuerpo acribillado por una ráfaga de balas de una ametralladora con dificultad puede ser devuelto a la narración. Los héroes homéricos se esconden junto a su gloria y la Gran Guerra estrenada como un mito épico termina con las angustias personales intrasmisibles o con las conmemoraciones del soldado anónimo. Después de la Gran Guerra la cultura europea será un campo magnético cruzado por dos corrientes de alta tensión: revolución y contrarrevolución. Los intelectuales no podrán encerrarse dentro de un universo de valores estéticos como lo hacían por ejemplo Flaubert o Joyce. Existen dilemas poderosos de orden ético. El artista tiene que estar comprometido.

Al final de la guerra al odio de los verdugos responde el de las víctimas. Las brutales apuraciones espontáneas, posibles gracias al vacío de poder institucional, no se pueden evitar. Por necesidad y conveniencia la fuerza se trasforma en una justicia política que sacraliza en el plano moral los vencedores y desactiva el potencial explosivo de la venganza civil sobre los perdedores. Los tribunales militares no se establecen para juzgar los crímenes de guerra de los aliados y el bombardeo masivo sobre las ciudades alemanas fue aludido en Núremberg solo para reconocer la conformidad con las reglas del derecho consuetudinario. La lógica del castigo del enemigo no era una práctica nueva, lo era en cambio una jurisdicción improvisada generada *ex post factum* que eliminaba por completo la noción de culpabilidad colectiva, condición para restablecer un nuevo estado alemán. Mientras venían pronunciadas las sentencias, en Hiroshima y Nagasaki caían las atómicas, y un veredicto prudente en un proceso ejemplar juzgó un número limitado de criminales nazis. Europa, con o sin amnistía, puso en libertad la casi totalidad de los responsables de la colaboración. La prohibición política del recuerdo surgida como acto de clemencia reintegró las viejas cumbres del estado, del ejército, del partido fascista y los pequeños torturadores del *squadristo* de provincia en la

administración. La amnistía fue la primera etapa de un proceso de restauración, una revancha del fascismo vencido, el primer signo de debilidad de esas jóvenes democracias. En otras palabras las naciones nacen del esfuerzo voluntario de olvidar la violencia y las masacres que han caracterizado la guerra civil europea. Sin embargo no hay que equiparar la amnistía con el perdón y recordar las huellas del crimen y de la injusticia dentro de una memoria calmada, libre de tentaciones de venganza.



285

